

Por qué Europa no es una potencia de la economía digital



Andrés Pedreño

La economía digital no es una mera opción a la carta que un Gobierno puede dosificar retrasar o limitar a su gusto, sino una necesidad urgente para el desarrollo económico y social, y para la sostenibilidad del sistema de bienestar. No obstante, casi todos los grupos políticos han mostrado cierta tecnofobia, recelo y hasta rechazo a lo digital posicionándose a la defensiva frente a lo que es una gran oportunidad. La digitalización no es sólo una cuestión de supervivencia, es el futuro y la gran oportunidad para hacer una economía competitiva que haga frente a los complejos retos de la sociedad actual. Sin embargo, las Administraciones europeas dan demasiado crédito a la vieja economía, cortando de alguna forma a las alas de los sectores digitales.

Los sectores que no se reinventan sufren ante la irrupción e incursión de modelos emergentes. Lo vemos cada día y lo vemos en titulares: "La banca es amenazada por las fintech", "el taxi por Uber", "la prensa por Google y Facebook", "los hoteles por Airbnb"... titulares que llevan a una reacción defensiva de los gobiernos. Sin embargo, muchos de nuestros gobernantes no son conscientes de los elevados costes económicos y sociales que tiene la resistencia al cambio.

Europa, la gran potencia que nos hizo más grandes, está perdiendo una carrera fundamental para mantener su posicionamiento económico mundial, su bienestar y sus libertades. Nos jugamos nuestro futuro, y el retraso tecnológico y la falta de empresas disruptivas hacen sonar todas las alarmas. El envejecimiento de la población, el elevado nivel de desempleo juvenil en los países del sur, la debilidad del ecosistema digital, la fragilidad en I+D sitúan al viejo continente en la cuerda floja...

¿Dónde fallamos? El continente se desactualiza, por ejemplo, en la inversión en I+D, las locomotoras de Alemania y Francia pierden fuerza para tirar de los vagones y el Brexit no ha hecho sino agriar las relaciones con Reino Unido. Los países más innovadores de Europa están alejados del esfuerzo inversor realizado por los Estados líderes de la economía europea. Además, la inversión europea es excesivamente dependiente del sector público, al contrario que en los países líderes de la economía digital. Las cifras hablan: en EEUU sólo un 26% de la inversión en I+D es pública, en China el 22% y en Israel el 13%. En la economía europea, Francia alcanza el 51% y España el 45%. Otra de las grandes diferencias radica en que mientras Europa focaliza su inversión en I+D en sectores tradicionales, China y EEUU apuestan por crear empresas potentes de tecnologías disruptivas entorno al 5G, IA (Inteligencia Artificial), IoT (Internet de las Cosas), Blockchain... En Europa se habla de adaptación y no de innovación.

De hecho, podemos decir que una parte de Europa es ludista (término que no recoge el diccionario de la Real Academia de la Lengua), que significa "opuesto a, o que tardan en adaptar o incorporar en su estilo de vida la industrialización, automatización, computarización o las nuevas tecnologías en general".

Tampoco ayuda el envejecimiento acelerado y el desempleo juvenil. Aquí nos regocija ser ludistas. Tenemos plantillas laborales cada vez de mayor edad, sin preparación ni cualificación, cuando habría que hacer una verdadera apuesta por incentivar el aprendizaje a lo largo de toda la vida. Un ejemplo: el Gobierno finlandés regaló a sus ciudadanos un curso de Inteligencia Artificial gratuito para que pierdan el miedo a esta tecnología.

Falta de una política común

Europa se fragmenta y se debilita al carecer de una política común en la era de la IA, con un Sur que sigue andado en la defensa de sectores como el turismo, el agroalimentario, la construcción o la industria manufacturera básica con escasa inversión en I+D. Por su parte, el sector público europeo no está ejerciendo de catalizador de la inversión (como sí ocurre en EEUU o China), sino que está compensando con ayudas públicas la falta de innovación y disrupción privada. Además, la I+D euro-



pearse en focalizar parte académica, pero con poca repercusión, dejando de lado el emprendimiento y el desarrollo de proyectos disruptivos que contribuyan a la mejora de la competitividad de las empresas y la economía.

Sin noticias de la web 2.0 en Europa, los costes del retraso digital se acumulan y se pagarán caros. O ya se están pagando: pérdida de competitividad de nuestros sectores frente a la economía asiática emergente y aviso de algunos expertos que ya se cuestionan si por primera vez desde el estallido de la II Guerra Mundial la siguiente generación de europeos superará el nivel de bienestar de sus padres y abuelos.

Entre tanto, Europa tira de un modelo reactivo para compensar sus deficiencias, y está blandiéndose "tasas Google", aplicando restricciones al desarrollo de la IA o poniendo coto a compañías como Uber o Airbnb, todo para proteger a sus sectores más representativos de la amenaza de los países que más innovan, aunque esas políticas generen respuestas como, por ejemplo, la imposición de aranceles al sector agroalimentario que nos lleven al abismo.

Catedrático de economía aplicada, exrector de la Universidad de Alicante y emprendedor. Autor junto a Luis Moreno del libro 'Prevenir el declive en la era de la Inteligencia Artificial. Europa frente a Estados Unidos y China'